

## ÍNDICE

Nota introductoria, <i>José Joaquín Blanco</i>	3
Algo sobre la muerte del Mayor Sabines	6

JAIME SABINES

*Selección y nota introductoria de*  
José Joaquín Blanco

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

México, 2007

## NOTA INTRODUCTORIA

El lector se encuentra frente a un extraordinario y logradísimo caso de poesía brutal. Al leerlo, si es honesto consigo mismo, no podrá decir que le “gusta” (¿o el espectáculo de un semejante que se desgarras es cosa para disfrutar?), ni que lo ha comprendido, pues sólo temperamentos excepcionales, y aun ellos sólo en momentos excepcionales, son capaces de una desesperación tan recia y de una ternura tan profunda.

Tampoco podrá decir que lo ha leído literariamente, pues esto no es Literatura, en el sentido civilizado que nos lleva a escribir (reflexionando, borroneando, calculando las expresiones para mejor comunicarnos) en un deseo de conversar con el lector. El propio Jaime Sabines acepta, en dos versos que fincan la credibilidad del poema, lo excepcional de su intento: “Me avergüenzo de mí hasta los pelos por tratar de escribir estas cosas”. La grandeza humana de este poema nos exige diferenciarlo de algunas irresponsables escuelas literarias modernas que, para escaparse del deber de la razón, han hecho una retórica de la rabia y de la carnicería; con poetas capaces de pasarse el día escribiendo de ganglios, llagas y escupitajos, como si escribieran de cualquier cosa. En *Nuevo recuento de poemas*, que reúne la obra completa de Sabines hasta la fecha, el lector desgraciadamente encontrará varios malos poemas que se someten a tal retórica; pero también muchos, como este que tiene entre sus manos, o *Doña Luz*, *Julito*, e incluso algunos fragmentos nobles de *Tarumba*, que dicen exactamente lo que lee, aunque tal intensidad no sea muy frecuente ni en la vida ni en la poesía.

*Algo sobre la muerte del Mayor Sabines* es una lectura desagradable y dura: la brutal descarga con que un hombre doliente arremete con todas sus fuerzas contra alguien (el lector) después de resistir hasta el fondo la muerte de su padre. No sólo ver morir, sino comprometerse tanto en la muerte ajena que también se pudren muchas cosas en la vida propia. No es, pues, un texto literario que nos invite a conversar con él; por el contrario, se nos impone, nos golpea, y el lector debe ponerse en guardia: endurecerse, no conmoverse, resistir el poema como el golpe de un amigo desesperado. Es una experiencia extrema de crudeza radical, un “alimento de los fuertes” y para momentos de gran fortaleza. Las consecuencias de la lectura serán posteriores y acaso perdurables, y nada tienen que ver con una momentánea complicidad sentimental que le permita al lector falso consumir a salvo la intensidad ajena.

Escribo lo anterior porque me parece extraño que este poema sea uno de los más populares de la literatura mexicana contemporánea; lo justo, en mi opinión, sería que fuese uno de los más impopulares, de los menos leídos —y sobre todo: de los menos releídos. Sospecho que muchos lectores no leen el poema sino “metáforas”, que en lugar de arriesgarse a su dura experiencia extraen de él lo que *no* tiene: retórica, sentimentalismo, surrealismo; como en los grandes almacenes usan a Vivaldi para que el cliente escuche y sienta ganas de comprar más, o como los académicos extraen tesis doctorales de los libros de Nietzsche. Sólo los atrevidos y los desesperados pueden estar bajando con Dante al infierno a cada rato o leyendo y releiendo cosas desgarradas; los falsos lectores leen “metáforas” o cualquier otra cosa, y sólo las sociedades mentirosas pueden hacer po-

pularísimos los textos que precisamente las exponen crudamente. No en todos sus poemas, pero sí en varios, y sobre todo en éste, las palabras de Sabines son de a de veras. Y es necesario leerlas de a de veras. Si uno corrompe o falsifica sus lecturas se está corrompiendo y falsificando a sí mismo. Ante un texto tan radical como éste, el lector puede tirarlo, asumirlo o posponerlo, pero no pretender que se trata de otra cosa. El lector tiene entre sus manos un libro en que un hombre profundísimo se desgarrara sin metáforas. Si le gusta ver desgarrarse a la gente, allá él. Si es irremediabilmente ciego o no le importa, asunto suyo. En cambio, si se atreve a leerlo con la rabia, la ternura, el rencor y la extraordinaria pasión con que está escrito, sabrá que es una experiencia *única*, que muy bien no quiera agotar y con honestidad perfecta deje apenas comenzada, o que no quiera repetir; o bien, si es lo suficientemente fuerte, que le revelará profundidades propias de las que tendrá que hacerse responsable. Este poema no tiene la cortesía ni el pudor de la literatura civilizada; es un golpe bárbaro. Y desciviliza el interior del lector, agriándolo, desencantándolo, y mostrándole un modo excesivo, acaso suicida, de sentir las cosas y los seres que, por cotidianos, creíamos inofensivos. Pero este modo excesivo que aquí alcanza su abismo lúgubre, también tiene sus recompensas: en otros poemas de *Nuevo recuento* el lector podrá gozar, con la profundidad adquirida, de los aspectos amables de la vida familiar, amorosa, amistosa, del convivir con uno mismo, de la nobleza y la limpidez, también en grados muy superiores a la emotividad convencional a la que nuestra sociedad mercantil nos tiene acostumbrados.

JOSÉ JOAQUÍN BLANCO  
(1982)

ALGO SOBRE LA MUERTE DEL MAYOR SABINES  
(PRIMERA PARTE)

I

Déjame reposar,  
aflojar los músculos del corazón  
y poner a dormitar el alma  
para poder hablar,  
para poder recordar estos días,  
los más largos del tiempo.

Convalecemos de la angustia apenas  
y estamos débiles, asustadizos,  
despertando dos o tres veces de nuestro escaso sueño  
para verte en la noche y saber que respiras.  
Necesitamos despertar para estar más despiertos  
en esta pesadilla llena de gentes y de ruidos.

Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,  
por eso es que este hachazo nos sacude.  
Nunca frente a tu muerte nos paramos  
a pensar en la muerte,  
ni te hemos visto nunca sino como la fuerza y la alegría.  
No lo sabemos bien, pero de pronto llega  
un incesante aviso,  
una escapada espada de la boca de Dios  
que cae y cae y cae lentamente.  
Y he aquí que temblamos de miedo,  
que nos ahoga el llanto contenido,  
que nos aprieta la garganta el miedo.  
Nos echamos a andar y no paramos  
de andar jamás, después de medianoche,  
en ese pasillo del sanatorio silencioso

donde hay una enfermera despierta de ángel.  
Esperar que murieras era morir despacio,  
estar goteando del tubo de la muerte,  
morir poco, a pedazos.

No ha habido hora más larga que cuando no dormías,  
ni túnel más espeso de horror y de miseria  
que el que llenaban tus lamentos,  
tu pobre cuerpo herido.

## II

Del mar, también del mar,  
de la tela del mar que nos envuelve,  
de los golpes del mar y de su boca,  
de su vagina obscura,  
de su vómito,  
de su pureza tétrica y profunda,  
vienen la muerte, Dios, el aguacero  
golpeando las persianas,  
la noche, el viento.

De la tierra también,  
de las raíces agudas de las casas,  
del pie desnudo y sangrante de los árboles,  
de algunas rocas viejas que no pueden moverse,  
de lamentables charcos, ataúdes del agua,  
de troncos derribados en que ahora duerme el rayo,  
y de la yerba, que es la sombra de las ramas del cielo,  
viene Dios, el manco de cien manos,  
ciego de tantos ojos,  
dulcísimo, impotente.  
(Omniausente, lleno de amor,  
el viejo sordo, sin hijos,  
derrama su corazón en la copa de su vientre.)

De los huesos también,  
de la sal más entera de la sangre,  
del ácido más fiel,  
del alma más profunda y verdadera,  
del alimento más entusiasmado,  
del hígado y del llanto,  
viene el oleaje tenso de la muerte,  
el frío sudor de la esperanza,  
y viene Dios riendo.

Caminan los libros a la hoguera.  
Se levanta el telón: aparece el mar.

(Yo no soy el autor del mar.)

### III

Siete caídas sufrió el elote de mi mano  
antes de que mi hambre lo encontrara,  
siete veces mil veces he muerto  
y estoy risueño como en el primer día.  
Nadie dirá: no supo de la vida  
más que los bueyes, ni menos que las golondrinas.  
Yo siempre he sido el hombre, amigo fiel del perro,  
hijo de Dios desmemoriado,  
hermano del viento.  
¡A la chingada las lágrimas!, dije,  
y me puse a llorar  
como se ponen a parir.  
Estoy descalzo, me gusta pisar el agua y las piedras,  
las mujeres, el tiempo,  
me gusta pisar la yerba que crecerá sobre mi tumba  
(si es que tengo una tumba algún día).  
Me gusta mi rosal de cera



en el jardín que la noche visita.  
Me gustan mis abuelos de totomoste  
y me gustan mis zapatos vacíos  
esperándome como el día de mañana.  
¡A la chingada la muerte!, dije,  
sombra de mi sueño,  
perversión de los ángeles,  
y me entregué a morir  
como una piedra al río,  
como un disparo al vuelo de los pájaros.

#### IV

Vamos a hablar del Príncipe Cáncer,  
Señor de los Pulmones, Varón de la Próstata,  
que se divierte arrojando dardos  
a los ovarios tersos, a las vaginas mustias,  
a las ingles multitudinarias.

Mi padre tiene el ganglio más hermoso del cáncer  
en la raíz del cuello, sobre la subclavia,  
tubérculo del bueno de Dios,  
ampolleta de la buena muerte,  
y yo mando a la chingada a todos los soles del mundo.  
El Señor Cáncer, El Señor Pendejo,  
es sólo un instrumento en las manos oscuras  
de los dulces personajes que hacen la vida.

En las cuatro gavetas del archivero de madera  
guardo los nombres queridos,  
la ropa de los fantasmas familiares,  
las palabras que rondan  
y mis pieles sucesivas.

También están los rostros de algunas mujeres,  
los ojos amados y solos  
y el beso casto del coito.  
Y de las gavetas salen mis hijos.  
¡Bien haya la sombra del árbol  
llegando a la tierra,  
porque es la luz que llega!

v

De las nueve de la noche en adelante  
viendo la televisión y conversando  
estoy esperando la muerte de mi padre.  
Desde hace tres meses, esperando.  
En el trabajo y en la borrachera,  
en la cama sin nadie y en el cuarto de niños,  
en su dolor tan lleno y derramado,  
su no dormir, su queja y su protesta,  
en el tanque de oxígeno y las muelas  
del día que amanece, buscando la esperanza.

Mirando su cadáver en los huesos  
que es ahora mi padre,  
e introduciendo agujas en las escasas venas,  
tratando de meterle la vida, de soplarle  
en la boca el aire...

(Me avergüenzo de mí hasta los pelos  
por tratar de escribir estas cosas.  
¡Maldito el que crea que esto es un poema!)

Quiero decir que no soy enfermero,  
padrote de la muerte,  
orador de panteones, alcahuete,

pinche de Dios, sacerdote de las penas.  
Quiero decir que a mí me sobra el aire...

VI

Te enterramos ayer.  
Ayer te enterramos.  
Te echamos tierra ayer.  
Quedaste en la tierra ayer.  
Estás rodeado de tierra  
desde ayer.  
Arriba y abajo y a los lados  
por tus pies y por tu cabeza  
está la tierra desde ayer.  
Te metimos en la tierra,  
te tapamos con tierra ayer.  
Pertenece a la tierra  
desde ayer.  
Ayer te enterramos  
en la tierra, ayer.

VII

Madre generosa  
de todos los muertos,  
madre tierra, madre,  
vagina del frío,  
brazos de intemperie,  
regazo del viento,  
nido de la noche,  
madre de la muerte,  
recógelo, abrígalo,  
desnúdalo, tómalo,  
guárdalo, acábalo.

VIII

No podrás morir.  
Debajo de la tierra  
no podrás morir.  
Sin agua y sin aire  
no podrás morir.  
Sin azúcar, sin leche,  
sin frijoles, sin carne,  
sin harina, sin higos,  
no podrás morir.  
Sin mujer y sin hijos  
no podrás morir.  
Debajo de la vida  
no podrás morir.  
En tu tanque de tierra  
no podrás morir.  
En tu caja de muerto  
no podrás morir.  
En tus venas sin sangre  
no podrás morir.  
En tu pecho vacío  
no podrás morir.  
En tu boca sin fuego  
no podrás morir.  
En tus ojos sin nadie  
no podrás morir.  
En tu carne sin llanto  
no podrás morir.  
No podrás morir.  
No podrás morir.  
No podrás morir.

Enterramos tu traje,  
tus zapatos, el cáncer;  
no podrás morir.  
Tu silencio enterramos.  
Tu cuerpo con candados.  
Tus canas finas,  
tu dolor clausurado.  
No podrás morir.

IX

Te fuiste no sé a dónde.  
Te espera tu cuarto.  
Mi mamá, Juan y Jorge  
te estamos esperando.  
Nos han dado abrazos  
de condolencia, y recibimos  
cartas, telegramas, noticias  
de que te enterramos,  
pero tu nieta más pequeña  
te busca en el cuarto,  
y todos, sin decirlo,  
te estamos esperando.

X

Es un mal sueño largo,  
una tonta película de espanto,  
un túnel que no acaba  
lleno de piedras y de charcos.  
¡Qué tiempo este, maldito,  
que revuelve las horas y los años,  
el sueño y la conciencia,  
el ojo abierto y el morir despacio!

XI

Recién parido en el lecho de la muerte,  
criatura de la paz, inmóvil, tierno,  
recién niño del sol de rostro negro,  
arrullado en la cuna del silencio,  
mamando obscuridad, boca vacía,  
ojo apagado, corazón desierto.

Pulmón sin aire, niño mío, viejo,  
cielo enterrado y manantial aéreo  
voy a volverme un llanto subterráneo  
para echarte mis ojos en tu pecho.

XII

Morir es retirarse, hacerse a un lado,  
ocultarse un momento, estarse quieto,  
pasar el aire de una orilla a nado  
y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,  
refugiarse desnudo en el discreto  
calor de Dios, y en su cerrado  
puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse bocabajo  
hacia el humo y el hueso y la caliza  
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa,  
tomar la eternidad como a destajo  
y repartir el alma en la ceniza.

XIII

Padre mío, señor mío, hermano mío,  
amigo de mi alma, tierno y fuerte,  
saca tu cuerpo viejo, viejo mío  
saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,  
tu frente limpia en que aprendí a quererte,  
tu brazo como un árbol en el frío  
saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,  
tu boca firme y tu mirada abierta,  
tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote la puerta.  
Parece que yo soy el que me muero:  
¡padre mío, despierta!

XIV

No se ha roto ese vaso en que bebiste,  
ni la taza, ni el tubo, ni tu plato.  
Ni se quemó la cama en que moriste,  
ni sacrificamos un gato.

Te sobrevive todo. Todo existe  
a pesar de tu muerte y de mi flato.  
Parece que la vida nos embiste  
igual que el cáncer sobre tu omoplato.

Te enterramos, te lloramos, te morimos,  
te estás bien muerto y bien jodido y yermo  
mientras pensamos en lo que no hicimos

y queremos tenerte aunque sea enfermo.  
Nada de lo que fuiste, fuiste y fuimos  
a no ser habitantes de tu infierno.

xv

Papá por treinta o por cuarenta años,  
amigo de mi vida todo el tiempo,  
protector de mi miedo, brazo mío,  
palabra clara, corazón resuelto,

te has muerto cuando menos falta hacías,  
cuando más falta me haces, padre, abuelo,  
hijo y hermano mío, esponja de mi sangre,  
pañuelo de mis ojos, almohada de mi sueño.

Te has muerto y me has matado un poco.  
Porque no estás, ya no estaremos nunca  
completos, en un sitio, de algún modo.

Algo le falta al mundo, y tú te has puesto  
a empobrecerlo más, y a hacer a solas  
tus gentes tristes y tu Dios contento.

xvi

(Noviembre 27)

¿Será posible que abras los ojos y nos veas ahora?

¿Podrás oírnos?

¿Podrás sacar tus manos un momento?

Estamos a tu lado. Es nuestra fiesta,  
tu cumpleaños, viejo.

Tu mujer y tus hijos, tus nueras y tus nietos  
venimos a abrazarte, todos, viejo.



¡Tienes que estar oyendo!  
No vayas a llorar como nosotros  
porque tu muerte no es sino un pretexto  
para llorar por todos,  
por los que están viviendo.  
Una pared caída nos separa,  
sólo el cuerpo de Dios, sólo su cuerpo.

XVII

Me acostumbré a guardarte, a llevarte lo mismo  
que lleva uno su brazo, su cuerpo, su cabeza.  
No eras distinto a mí, ni eras lo mismo.  
Eras, cuando estoy triste, mi tristeza.

Eras, cuando caía, eras mi abismo,  
cuando me levantaba, mi fortaleza.  
Eras brisa y sudor y cataclismo,  
y eras el pan caliente sobre la mesa.

Amputado de ti, a medias hecho  
hombre o sombra de ti, sólo tu hijo,  
desmantelada el alma, abierto el pecho,

ofrezco a tu dolor un crucifijo:  
te doy un palo, una piedra, un helecho,  
mis hijos y mis días, y me aflijo.

(SEGUNDA PARTE)

I

Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos,  
poco a poco te acabas.

Yo te he ido mirando a través de las noches  
por encima del mármol, en tu pequeña casa.  
Un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas,  
otro día sin garganta,  
la piel sobre tu frente agrietándose, hundiéndose,  
tronchando obscuramente el trigal de tus canas.  
Todo tú sumergido en humedad y gases  
haciendo tus desechos, tu desorden, tu alma,  
cada vez más igual tu carne que tu traje,  
más madera tus huesos y más huesos las tablas.  
Tierra mojada donde había tu boca,  
aire podrido, luz aniquilada,  
el silencio tendido a todo tu tamaño  
germinando burbujas bajo las hojas de agua.  
(Flores dominicales a dos metros arriba  
te quieren pasar besos y no te pasan nada.)

## II

Mientras los niños crecen y las horas nos hablan  
tú, subterráneamente, lentamente, te apagas.  
Lumbre enterrada y sola, pabilo de la sombra,  
veta de horror para el que te escarba.

¡Es tan fácil decirte “padre mío”  
y es tan difícil encontrarte, larva  
de Dios, semilla de esperanza!

Quiero llorar a veces, y no quiero  
llorar porque me pasas  
como un derrumbe, porque pasas  
como un viento tremendo, como un escalofrío  
debajo de las sábanas,  
como un gusano lento a lo largo del alma.

¡Si sólo se pudiera decir: “papá, cebolla,  
polvo, cansancio, nada, nada, nada”!  
¡Si con un trago te tragara!  
¡Si con este dolor te apuñalara!  
¡Si con este desvelo de memorias  
—herida abierta, vómito de sangre—  
te agarrara la cara!

Yo sé que tú ni yo,  
ni un par de valvas,  
ni un becerro de cobre, ni unas alas  
sosteniendo la muerte, ni la espuma  
en que naufraga el mar, ni —no— las playas,  
la arena, la sumisa piedra con viento y agua,  
ni el árbol que es abuelo de su sombra,  
ni nuestro sol, hijastro de sus ramas,  
ni la fruta madura, incandescente,  
ni la raíz de perlas y de escamas,  
ni tu tío, ni tu chozno, ni tu hipo,  
ni mi locura, y ni tus espaldas,  
sabrán del tiempo obscuro que nos corre  
desde las venas tibias a las canas.

(Tiempo vacío, ampolla de vinagre,  
caracol recordando la resaca.)  
He aquí que todo viene, todo pasa,  
todo, todo se acaba.  
¿Pero tú? ¿pero yo? ¿pero nosotros?  
¿para qué levantamos la palabra?  
¿de qué sirvió el amor?  
¿cuál era la muralla  
que detenía la muerte? ¿dónde estaba  
el niño negro de tu guarda?

Ángeles degollados puse al pie de tu caja,  
y te eché encima tierra, piedras, lágrimas,  
para que ya no salgas, para que no salgas.

III

Sigue el mundo su paso, rueda el tiempo  
y van y vienen máscaras.  
Amanece el dolor un día tras otro,  
nos rodeamos de amigos y fantasmas,  
parece a veces que un alambre estira  
la sangre, que una flor estalla,  
que el corazón da frutas, y el cansancio  
canta.

Embrocados, bebiendo en la mujer y el trago,  
apostando a crecer como las plantas,  
fijos, inmóviles, girando  
en la invisible llama.  
Y mientras tú, el fuerte, el generoso,  
el limpio de mentiras y de infamias,  
guerrero de la paz, juez de victorias  
—cedro del Líbano, robledal de Chiapas—  
te ocultas en la tierra, te remontas  
a tu raíz oscura y desolada.

IV

Un año o dos o tres,  
te da lo mismo.  
¿Cuál reloj en la muerte?, ¿qué campana  
incesante, silenciosa, llama y llama?  
¿qué subterránea voz no pronunciada?  
¿qué grito hundido, hundiéndose, infinito

de los dientes atrás, en la garganta  
aérea, flotante, pare escamas?

¿Para esto vivir? ¿para sentir prestados  
los brazos y las piernas y la cara,  
arrendados al hoyo, entretenidos  
los jugos en la cáscara?

¿para exprimir los ojos noche a noche  
en el temblor obscuro de la cama,  
remolino de quietas transparencias,  
descendimiento de la náusea?

¿Para esto morir?

¿para inventar el alma,  
el vestido de Dios, la eternidad, el agua  
del aguacero de la muerte, la esperanza?  
¿morir para pescar?  
¿para atrapar con su red a la araña?

Estás sobre la playa de algodones  
y tu marea de sombras sube y baja.

v

Mi madre sola, en su vejez hundida,  
sin dolor y sin lástima,  
herida de tu muerte y de tu vida.

Esto dejaste. Su pasión enhiesta,  
su celo firme, su labor sombría.  
Árbol frutal a un paso de la leña,  
su curvo sueño que te resucita.  
Esto dejaste. Esto dejaste y no querías.

Pasó el viento. Quedaron de la casa  
el pozo abierto y la raíz en ruinas.  
Y es en vano llorar. Y si golpeas  
las paredes de Dios, y si te arrancas  
el pelo o la camisa,  
nadie te oye jamás, nadie te mira.  
No vuelve nadie, nada. No retorna  
el polvo de oro de la vida.